



CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO
EL MUNDO DEL TRABAJO EN DISCUSIÓN
AVANCES Y TEMAS PENDIENTES
BUENOS AIRES 7, 8 Y 9 DE AGOSTO DE 2013

aset ASOCIACIÓN ARGENTINA
DE ESPECIALISTAS EN
ESTUDIOS DEL TRABAJO
30º ANIVERSARIO

Grupo 5: Trabajo agrario y empleo rural

“Qué va a ser de ti lejos de casa”. Migraciones temporarias y transformaciones en el ciclo ocupacional de los obreros agrícolas pampeanos (1970-2010)

Juan Manuel Villulla

Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios

Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires

jmvillulla@gmail.com

Introducción

A partir de la década de 1970, la agricultura pampeana estuvo signada doblemente por un significativo salto tecnológico y una no menos importante ofensiva del capital sobre el trabajo, en el marco de una reestructuración de la burguesía agraria y de un aumento jamás visto de la superficie sembrada y los volúmenes cosechados. El salto tecnológico determinó un descenso descomunal en los tiempos de trabajo y los puestos de trabajo necesarios para producir un quintal de cualquiera de los principales granos de la zona pampeana. En este contexto, y como parte de las transformaciones mencionadas, la generalización del contratismo de servicios de maquinaria luego de los años '70 transformó los tiempos, los espacios y el ritmo de vida y trabajo de buena parte del proletariado agrícola. Ciertamente, no lo hizo en el sentido de favorecer su organización política y sindical: a pesar de haber rescatado a los peones agrícolas del encierro propio del trabajo y la residencia en estancias agrícolas o grandes chacras, bajo nuevas modalidades también contribuyó a desactivar posibles nucleamientos que derivaran de la proletarización del trabajo.

Si menos hombres podían trabajar sobre más hectáreas en un tiempo mucho menor, la ocupación tendió a saturarse más rápidamente en los alrededores de las zonas de residencia de los obreros. Para mantener su empleo por más tiempo, los peones de cosecha se vieron obligados a migrar temporalmente para recolectar cereales y oleaginosas en diferentes zonas del territorio. Sólo podían hacerlo a través del régimen del contratismo de servicios, de modo que no viajaban individualmente sino con su pequeño grupo de compañeros y para

la empresa de su patrón, de quien dependía “la punta” para encontrar trabajos a realizar en zonas remotas, alimentando su subordinación a los contratistas para poder ocuparse en la agricultura.

El contratismo tuvo así un doble carácter para los obreros agrícolas. Por un lado, constituyó la modalidad de trabajo que permitía mantener su ocupación compensando el derrumbe de los tiempos de labor y la saturación del mercado de trabajo en sus áreas tradicionales de trabajo y de vida. Por otro lado, también demandó una reorganización de sus calendarios laborales año a año, adaptarse a jornadas sin una duración regular, y movilizarse por el territorio sin estar atados a ningún predio en particular, a un grupo de compañeros estable, y ni siquiera a su empleo. De modo que también significó el fin del trabajo y la vida sedentaria en chacras o estancias, y el desvanecimiento de las certezas que brindaba la ocupación estable a mediano o largo plazo, desarticulando posibles regularidades colectivas, reduciendo los nucleamientos permanentes a escalas muy pequeñas, y atomizando la masa de obreros agrícolas en diversos regímenes de ocupación, ingresos, especializaciones por función y oficio, escalafones, ciclos de trabajo y lugares de labor.

Este escrito es una síntesis y una reelaboración de una sección perteneciente a un trabajo más amplio sobre la historia social del proletariado agrícola pampeano luego de los años '70¹. En este caso, a los fines de simplificar la exposición de las ideas centrales y no perder el eje articulador, nos hemos centrado fundamentalmente en los trabajadores especializados en la cosecha. Las conclusiones a las que hemos arribado se han basado en un extenso trabajo de campo realizado entre 2008 y 2011, apoyados en una muestra crítica aleatoria sobre la que se aplicó un cuestionario semi-estructurado, compuesta 50 obreros rurales, 24 contratistas y productores en carácter de empleadores, 8 asalariados familiares y 8 informantes clave vinculados a los trabajadores por diversas vías (asesoramiento técnico, educación, asistencia médica, etc.), residentes en 12 partidos de diferentes sub zonas y provincias de la región pampeana. Junto a ello, se apeló a al procesamiento y análisis de información estadística, hemerográfica, y a la revisión buena parte de la bibliografía

¹ Juan Manuel Villulla. “Los obreros que levantaron las cosechas récord: historia social del moderno proletariado agrícola pampeano (1970-2010).” Tesis Doctoral. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2012.



especializada hasta el momento.

Estructura y evolución del ciclo ocupacional y la movilidad territorial de los obreros agrícolas en las décadas de 1970 y 1980

En la década de 1970, si bien eran parte de una mayoría en proceso de desintegración, gran parte de los peones agrícolas seguían empleados directamente por chacras o estancias mixtas. Sólo los obreros que ya se habían integrado al contratismo de cosecha –sobre todo en el núcleo tradicionalmente agrícola del norte bonaerense y el sur santafesino- iban delineando el mapa y el calendario de labor que iba a distinguir la actividad por los siguientes 30 años. Eran una vanguardia marginal pero premonitoria de equipos de hombres y máquinas empezaba a seguir el rastro a la maduración del trigo en las escasas superficies en las que se iba abriendo paso el cereal en el noreste del país. Viajaban y comenzaban a recolectarlo en la zona chaqueña en octubre, e iban descendiendo para volver a la zona central cuando el trigo estuviera a punto, entre noviembre y enero. Allí el paso era relativamente breve: la superficie sembrada no era tan grande –por entonces predominaba el cultivo de maíz-, y la saturación de hombres y máquinas para levantarlo no demandaba demasiado tiempo ni puestos laborales. Así, las “comparsas” itinerantes de obreros y contratistas seguían viaje rápidamente para llegar a tiempo al verdadero epicentro de la producción triguera pampeana de la época: el sur de Buenos Aires. Hacia allí marchaban no sólo los exiguos grupos de obreros que venían bajando desde el Chaco, sino los mucho más numerosos equipos de productores y contratistas que partían desde la zona pampeana central. El área sembrada con trigo en el sur bonaerense excedía por mucho la capacidad social de la zona para levantarlo, y por el contrario dependía del excedente de hombres y máquinas que por esa época del año manaba de la parte central.

En el sur apenas si había maíz -ni mucho menos soja- para complementar los ciclos simultáneos del trigo, la cebada o la avena. Las grandes extensiones cultivadas con esos cereales demandaban mucha fuerza de trabajo, pero toda ella en simultáneo y estacionalmente. Las explotaciones más pequeñas o medianas demandaban mano de obra asalariada por períodos tan acotados que no servían económicamente a los obreros, salvo



para los que tuvieran alguna ocupación que les permitiera ir a cosechar sólo como una “changa” complementaria. Lo mismo ocurrió con las posibilidades de las empresas contratistas locales para desarrollarse en el ámbito de su propia zona, lo cual estimuló la afluencia de contratistas y obreros del centro pampeano, que incluían su trabajo en el sur como parte de un calendario más amplio, que justificaba realizar la recolección allí por un período tan acotado.

Desde febrero, algunos grupos de obreros podían dedicarse a la recolección del girasol y el maíz alrededor del sur santafesino, norte bonaerense y sudeste cordobés. De esta forma, algunos de los migrantes que venían bajando del Chaco hasta Coronel Dorrego o Tres Arroyos, podían hacer empalmar completos los ciclos de ocupación de la cosecha fina y de la gruesa en la zona central, e incluso volver a subir al norte del país para culminar allí su periplo en junio o julio². La soja aún era prácticamente desconocida en la zona tradicionalmente agrícola de la pampa húmeda, y no tenía absolutamente ninguna incidencia en la conformación de los ciclos laborales del proletariado rural de la región.

Tanto en el sur pampeano como en la zona central, el ahorro de tiempos de trabajo que había significado la cosecha mecánica de maíz y la carga a granel en los ‘60, hacía que las explotaciones pequeñas y medianas convocaran a peones transitorios por muchos menos días o semanas al año. Este fenómeno tendió a profundizarse con la implementación de maquinarias más potentes. Por eso, sólo conseguían trabajo fijo los empleados de estancias o chacras mixtas, y los que se involucraron en el régimen trashumante de los contratistas de servicios³. Por el contrario, quienes no quisieron o no tuvieron la posibilidad de salir de su

² “La modernización tecnológica y la existencia de empresarios especializados en las tareas de cosecha determinan importantes cambios en la mano de obra asalariada empleada en estos trabajos. Los contratistas de cosecha, muy especializados, recorren la región del cereal desde el norte de Santa Fe y, en la actualidad, pueden llegar a Chaco, Formosa y Santiago del Estero, hasta las inmediaciones de Bahía Blanca. [...] Su actividad comienza en octubre con la cosecha del trigo en el Chaco y el norte de Santa Fe, llegando a mediados de enero al sur de la provincia de Buenos Aires. Luego regresan a sus localidades de origen, ubicadas generalmente en el norte de Buenos Aires, sur de Santa Fe y sur de Córdoba. [...] A fines de febrero se inicia la cosecha anticipada de maíz, que se puede realizar conjuntamente con la cosecha del sorgo y de la soja.” Eduardo Baumeister. “Estructura agraria, ocupacional y cambio tecnológico en la región cerealera maicera. La figura del contratista de máquina”. CEIL, *Documento de Trabajo* N° 10, 1980, pp. 49-50

³ “[...] la ocupación que estas empresas pueden brindar a su mano de obra es bastante mayor que la que se genera en una explotación agropecuaria gracias a la realización de distintas tareas en distintos cultivos



sedentarismo y quedaron sólo a los ciclos de una zona de labor, sufrieron cada vez más el acortamiento de su ocupación agrícola y debieron emplearse complementariamente en actividades extra agrarias para poder sobrevivir, o simplemente pasaron a ser parte de los miles de obreros transitorios que ya nunca más acudieron a las temporadas de recolección buscando trabajo.

En el primer quinquenio de la década de 1970, la agriculturización de la pampa húmeda aún estaba en sus albores y recién comenzaban a gestarse las transformaciones sociales que decantarían en la expansión agrícola de las décadas siguientes. Por entonces, gran parte de la producción de granos estaba destinada al autoconsumo en forma de forrajes por parte de explotaciones mixtas, pobladas de diversos tipos de animales según la zona. De hecho, era el cuidado de los mismos lo que aún arraigaba a los peones a la residencia rural, así como al trabajo regular y sedentario, complementado con labores específicamente agrícolas.

En la zona sur -en aquel momento aún menos agrícola que la zona central-, algunos de los trabajadores temporarios combinaban sus roles en la agricultura con el cuidado de hacienda vacuna o esquila ovina sin especializarse del todo ni desarrollar el oficio que desplegaban mucho mejor sus compañeros permanentes del norte⁴. No obstante, también en los alrededores de zonas tradicionalmente agrícolas como Pergamino, los obreros temporarios combinaban su trabajo rural con ocupaciones de diversa índole. Lo hacían tanto en carácter dependiente -así era el caso de los albañiles, empleados municipales o fabriles-, como por cuenta propia a través de talleres mecánicos, comercios familiares, o pequeñas parcelas de

y en diferentes establecimientos. Esto es aún más importante en el caso de las empresas contratistas que salen a trabajar fuera del partido, abarcando por lo tanto ciclos productivos más amplios gracias a las diferencias climáticas (esto último permite afirmar que las empresas de la zona norte de Buenos Aires y sur de Santa Fe pueden ofrecer ocupación plena en forma permanente a su fuerza de trabajo, sea familiar o ajena)." María Isabel Tort. "Los contratistas de maquinaria agrícola: una modalidad de organización económica del trabajo agrícola en la Pampa Húmeda". CEIL, *Documento de Trabajo* N° 11, 1983, pp. 78-79

⁴ "En la zona triguera [los maquinistas temporarios de cosecha] alternan ocupaciones estacionales agrícolas y ganaderas (cosecha fina, cuidado de hacienda y esquila) con tareas urbanas intermitentes de distinto nivel de calificación." Silvia Korinfeld. "La mano de obra transitoria en el cultivo de cereales". CEIL, *Informe de investigación* N° 3, 1981, p. 33. Según un esquema sintetizado por la autora, los obreros temporarios de esta zona no podían insertarse en cosecha más que uno o dos meses al año, y apenas otros dos meses para la siembra. El resto del tiempo se ocupaban en tareas no rurales o muy indirectamente vinculadas al campo. Dadas estas proporciones, la agricultura ocupaba un lugar claramente secundario en su calendario laboral.



tierra⁵. Sin embargo, a diferencia de la zona meridional, en el norte bonaerense o el sur santafesino las mayores superficies sembradas y los cultivos más variados –así como la lentitud que todavía reinaba para levantar el cultivo de maíz sumado al régimen salarial clásico de chacras y estancias- permitían que más obreros pudieran prolongar la temporada de recolección de marzo a junio, y aún hasta julio o agosto en ciertos casos, sin salir de los alrededores de su zona de residencia. Lo cual, sumado a los meses de cosecha fina en diciembre y enero –dentro o fuera de su área inmediatamente circundante-, otorgaba la posibilidad de ocuparse casi seis meses sólo para la zafra. Quienes trabajaban como peones permanentes, repartían la otra mitad del año entre tareas de reparación y ajuste de la maquinaria de cosecha, realización de la siembra, y/o algún receso vacacional. Progresivamente, ni siquiera los obreros que trabajaban con contratistas en viajes cortos tendrían asegurada una ocupación estable ni regular. Sólo podrían conservarla los obreros cuyos patrones arreglaran la prestación de servicios para grandes explotaciones, o los pocos audaces que se conchabaran con los contratistas “golondrina” recorriendo la zona litoral del país por 6 y hasta 8 meses. De ahí que la prolongación del mundo agrícola que se produjo a partir de los '70 hacia terrenos hasta entonces dominados por la ganadería, la lechería e incluso montes y pasturas naturales –dentro o fuera de la región pampeana-, funcionara como contención de una parte de los obreros y empresas contratistas que iban “sobrando” en sus lugares de residencia.

Ya en el primer quinquenio de la década de 1980, el cultivo de la soja se había difundido significativamente en tándem con el trigo, inaugurando la era del doble cultivo anual. Este fenómeno tuvo un impacto decisivo sobre el ciclo ocupacional de los obreros rurales. Por un lado, como primer gran puntal del nuevo proceso de expansión horizontal del área cultivada; y por otro, sumado a lo anterior, por la virtual duplicación de la superficie sembrada bajo este esquema. Si bien se redujo relativamente el área con maíz, la soja

⁵ “Los maquinistas de la zona maicera combinan actividades estacionales agrícolas calificadas, como cosecha fina y gruesa, con urbanas calificadas intermitentes (reparaciones, talleres mecánicos, etc.), y también con tareas de menor calificación (changas de albañil, construcción). Los que trabajan también como tractoristas alternan las tareas estacionales con las urbanas calificadas intermitentes (reparación de maquinarias).” Korinfeld. Op.cit. 1981, p. 33



retuvo así inicialmente a muchos trabajadores en la zona central entre marzo y junio, aumentando las posibilidades de concatenar el ciclo completo del trigo con el de la oleaginosa sin necesidad de migrar lejos de casa, siempre y cuando el sistema de siembra directa aún no fuese predominante, y antes de que los empresarios incorporaran nuevas maquinaria ahorradoras de tiempo y de hombres para la recolección.

Como rememora el obrero “CH”, la cosecha más lenta y sobre todo la sucesión de tareas que aún requería la siembra, eran los factores que retenían a este sector de obreros ocupados todo el año exclusivamente en la agricultura, sin necesidad movilizarse territorialmente como las “comparsas” itinerantes de obreros y contratistas que yendo a trabajar al Chaco o a Tucumán, ya permitían entrever los rasgos que tendría la agricultura en un futuro cercano:

“[...] el trigo acá [en Pergamino] se empezaba antes. Mediados de noviembre, diciembre. A mediados de diciembre ya se terminaba la cosecha de trigo. Y después venía la siembra de segunda, de soja de segunda, que antes se disqueaba, se araba, había un montón de labores. Y después la gruesa antes se empezaba más tarde. Hacíamos el maíz primero. Se empezaba en abril. Hasta fines de abril se seguía con el maíz después empezaba la soja y andábamos dos o tres meses. Era sólo con eso. [...] hacía la cosecha y después salía con los tractores. En esa época se hacían muchas labores de campo.”

Testimonio de CH, obrero maquinista de cosecha. Rancagua, Pergamino, 4 de agosto de 2009

Esta reserva de trabajadores permanentes eminentemente agrícolas, acotada a los alrededores de su área de residencia, iba a estar amenazada no sólo por el proceso de acortamiento de los tiempos de trabajo en la recolección, sino por la difusión de la siembra directa en la segunda mitad de la década de 1970, aunque sus efectos recién tuvieran una escala significativa luego de la década de 1990.

Estructura y evolución del ciclo ocupacional y movilidad territorial de los obreros



agrícolas en las décadas de 1990 y 2000

El inicio de la década de 1990 señaló el comienzo de una segunda etapa en las transformaciones socioeconómicas que contribuirían a la desarticulación del proletariado agrícola pampeano en el tiempo y en el espacio. El salto cualitativo que se produjo en la implementación de maquinarias de mayor porte y prestaciones, ahorrando tiempo y puestos laborales, restringió más que nunca antes las posibilidades de ocuparse temporaria o permanentemente sólo en los alrededores de la zona de residencia de los obreros. Y al mismo tiempo, la extensión de la superficie sembrada con soja en el norte del país –ahora más significativa-, ofreció nichos de ocupación que tampoco habían existido en esa magnitud ni como una verdadera alternativa hasta ese momento, aunque lo hacía al precio de movilizarse a miles de kilómetros y por muchos meses lejos de casa. La tierra cultivada también creció al interior mismo de la zona pampeana –contra los campos ganaderos y tambos de pequeña y mediana escala que se desmantelaban-, de modo que muchos obreros pudieron mantenerse trabajando en los cultivos relativamente cerca del hogar. Lo distintivo de estas transformaciones es que ese segmento menos migrante del proletariado agrícola fue cada vez más pequeño en el conjunto. Y en cualquier caso, más cerca o más lejos de su pequeño terruño, el trabajo se abrió paso por encima de los alambrados a través de la generalización del contratismo de servicios, superando la escala limitada a una chacra o estancia, dejando atrás la residencia rural de los obreros acotada a un predio en particular, e imprimiendo una movilidad territorial nueva.

El proceso de masificación de la siembra directa luego de la temporada 1996/1997 no hizo más que multiplicar en extremo estas tendencias. Por un lado, porque hundió los tiempos de trabajo en la fase del implante no sólo en términos de horas, sino fundamentalmente de semanas y meses, restringiendo las posibilidades de ocuparse anualmente sólo en la agricultura y en la zona de residencia. Y de otro lado –en base al abaratamiento de los costos laborales vinculados al nuevo paquete tecnológico y a las posibilidades de expansión a nuevos climas y territorios que el mismo permitía-, porque la superficie sembrada se expandió ahora significativamente dentro y fuera de la zona central. El primer proceso creaba una masa de trabajadores y contratistas excedente en el propio epicentro agrícola



pampeano. El segundo, los reenviaba a las fronteras agrícolas, donde sí eran necesarios dada la falta de mano de obra de oficio y de maquinarias adecuadas en medio de los abruptos cambios productivos que se desarrollaban en esas áreas. Estas fronteras tenían una expresión clara en el noroeste y noreste argentino, pero tenían otra manifestación en la metamorfosis productiva de las áreas más cercanas en la región pampeana que habían sido ganaderas o mixtas hasta pocos años antes, sin disponer en su seno del tipo de trabajador y maquinarias adecuado a la exigencias de la agricultura. El régimen del contratismo atendió a este vacío trasladando a los obreros agrícolas de un lado al otro, y desplazando a los viejos peones y productores de esas nuevas zonas cultivadas antes de que pudieran reconvertirse –si es que eso era posible–, acelerando el proceso de agriculturización del territorio. Este segmento de trabajadores que circulaba sin sobrepasar las fronteras clásicas de la zona pampeana era, de hecho, el mayoritario. Lo cual no obsta para que fueran parte de un movimiento humano en un área muy extensa, que conquistó el sur, el centro y el oeste de la región a lo largo de miles de kilómetros bajo la bandera de la agricultura de punta.

Los adelantos tecnológicos impuestos entre la segunda mitad de los años '90 y la primera década del siglo XXI no cambiaron demasiado las fechas en que comenzaba el ciclo de trabajo de cosecha en la zona central, a fines de noviembre y principios de diciembre, con la levantara del trigo, la cebada o la avena. Pero dichas innovaciones, junto a la reducción del área implantada con estos cereales y la relativa sobreoferta de servicios de maquinaria, acotaron allí el período de la cosecha fina hasta sólo diez días. El cultivo de soja de segunda ocupación, por su parte, también presionó para lograr la completa recolección del trigo lo antes posible. Muchos de los trabajadores de cosecha que habían solido pasar las fiestas de fin de año lejos de sus familias durante lustros, ahora se encontraban por esas fechas en sus hogares, con el trigo ya trillado y con la paga de la primera fase de la temporada de recolección –ahora mucho más escasa que antes– ya cobrada. De modo que aún más perentoriamente que en la década de 1970, para hacer durar la campaña una mayor masa de obreros y contratistas debían cubrir un área cada vez más amplia territorialmente, abarcando distintos momentos de maduración de los cultivos. A su vez, la extensión del



área sembrada con soja y otros cultivos modificados genéticamente hacia áreas del país hasta entonces fuera del alcance de la agricultura extensiva se transformó en un fenómeno estructural de envergadura. El mismo encontró en esa masa de obreros y contratistas excedente en el centro pampeano parte de las condiciones de posibilidad para desarrollarse a bajos costos lejos del núcleo tradicionalmente agrícola, al menos hasta que la estabilización de esta nueva etapa creara nuevos contingentes de mano de obra nativa. Como a fines de los '70, pero ahora en mucha mayor escala, las "comparsas" de obreros y contratistas arrancaban la recolección en el noroeste o noreste del país, cosechando los primeros trigos de septiembre, y luego de una escala en la zona pampeana central de la que habían partido, se dirigían a culminar su periplo en el sur bonaerense, donde con suerte podían extender su ocupación hasta los primeros días de enero.

A mediados de febrero, en la zona central, la cosecha de girasol, convocaba cada vez menos obreros desde los años '90. La reducción del área sembrada con esta oleaginosa, junto con la rapidez de su recolección y la sobreoferta de servicios de maquinaria para hacerlo, la convirtieron en un evento breve y secundario en el calendario ocupacional de los trabajadores. La mayoría de ellos se empleaba en esos días preparando las máquinas cosechadoras para la inminente recolección de maíz y soja de primera ocupación entre mediados de marzo y abril. Ya a partir de mayo o junio, mientras permanecían en la zona central levantando la soja de segunda ocupación, las huestes de pequeños núcleos de obreros trashumantes empezaban a cosechar los maíces más tardíos del norte del país, a veces hasta julio o agosto, conectando la primera parte de la cosecha gruesa con la recolección de maíces atrasados y soja de segunda⁶.

⁶ “[...] En pleno invierno estamos haciendo soja todavía. Soja y el maíz; -Se termina en agosto la trilla, toda... digamos, en Argentina. Arranca ahora en marzo, acá al medio, te vas para el sur y después te vas para [el norte]. En el norte se termina en agosto la trilla de maíz, y allá en el norte, reparás y en octubre empieza el trigo; -Lo que es Salta, todo por allá. [...] Nosotros llegamos hasta Santiago. Testimonio de WT, BR y PB, obreros maquinistas y tractoristas de cosecha. Maciel, Provincia de Santa Fe, 13 de marzo de 2009. “[...] y gruesa arranco normalmente en provincia de Buenos Aires en Villegas. Después de ahí ya me voy yendo para el norte, tanto como la zona de San Cristóbal al norte de Santa Fe. Después normalmente me voy al límite de Chaco y Santiago del Estero. Y bueno, Salta solía ir también pero el año pasado ya no fui. La gruesa arranco entre el 10 y el 15 de marzo. Termino la zona [de Villegas, Buenos Aires] y los primeros días de abril ya estoy en San Cristóbal. Y lo que es el norte del país siempre se empieza después del 1º de mayo. [...] El que va a hacer la gruesa a Salta o al norte, deja el equipo ahí. Entonces no tenés el movimiento ese. Uno se va diez días



Otras “comparsas” limitaban su marcha desde Santa Fe o el norte de Buenos Aires hasta el centro y el sur de esta provincia, junto con nuevos grupos de trabajadores que también completaban su calendario ocupacional desde la zona central hacia territorios más meridionales con la recolección de la soja de segunda ocupación o de maíz. El trabajo de cosecha gruesa podía prolongarse así -en el mejor de los casos- hasta julio o agosto para los obreros nómades más aventurados, o hasta mayo para la mayoría de los asalariados empleados en empresas chicas o medianas, circunscriptas a un área no tan lejana de su lugar de residencia o con una clientela que no era numerosa ni extensa en cantidad de hectáreas.

Inestabilidad ocupacional, movilidad social e identidad colectiva

A principios del siglo XXI, en los alrededores de ciudades como Pergamino o Casilda, los obreros que no estuvieran trabajando para una empresa contratista que viajara lejos, o directa o indirectamente para alguna estancia agrícola de grandes dimensiones, no conseguían ocupación en la cosecha por más de un mes en su zona de residencia. La escasa superficie cubierta por los contratistas de pequeña escala extremaba la brevedad de la demanda de fuerza de trabajo temporaria en términos de semanas y meses, sin asegurar ingresos para el resto del año para los asalariados temporarios. Además de la reducción en

antes, se hace una reparación mínima, medio liviana, se arma para trigo, y entonces ese movimiento lo evitás y te da margen para trabajar más barato. [...] En el invierno queda todo el equipo allá. Y después se hace trigo [en septiembre-octubre].” Testimonio de VT, contratista de servicios de cosecha (de Casilda, Provincia de Santa Fe). Coronel Dorrego, Provincia de Buenos Aires, 11 de diciembre de 2011. “El arranque es de Casilda [hacia] acá, al sur. 20 de noviembre, tratar de estar acá, más o menos 20-25 de noviembre hasta 8-10 de enero. [...] No tengo fiesta en mi casa. Del ‘89 a esta fecha habré pasado tres fiestas en mi casa, no más de eso. [...] El 8 de enero volvemos para Casilda. Se acondiciona el equipo, lo poco que hay que hacerle, y arrancás 15 de marzo. Y yo este año del 16 de marzo que arranqué, volvimos el 21 de agosto, porque hicimos Córdoba, o sea, sur de Córdoba, hasta el 25 de abril, y ahí nos fuimos al Chaco. [...] Arrancamos con soja hasta el 16 de julio. Y después arrancamos a hacer maíz el 1º de agosto. [...] Y se estiró, terminamos de hacerlo el 16, estuvimos como quince días trillando maíz, y el 21 de agosto recién regresamos con el equipo nuevamente al galpón. Y de ahí le di quince días de vacaciones a los empleados y arrancamos [...]. El 10 de septiembre arrancamos a reparar, nuevamente, así que... terminamos una semana antes de salir para acá, y bueno, y acá estamos otra vez.” Testimonio de OV, contratista de servicios de cosecha (de Casilda, Santa Fe). Coronel Dorrego, Provincia de Buenos Aires, 11 de diciembre de 2011



el tiempo del trabajo agrícola acotado a su área de vida, los testimonios obreros ponen de manifiesto la elasticidad e inestabilidad de esos períodos de ocupación, así como el contraste entre la extrema intensificación de sus tareas y la prolongación de su jornada laboral -por un lado-, y el vacío angustiante de los períodos sin empleo, por el otro:

“Hay un problema acá: que nosotros trabajamos quince o veinte días, dieciséis, diecisiete horas, veinte horas por día... trabajamos un mes, y después estamos dos meses al pedo. Se achicó mucho el trabajo del campo, por el tema de las máquinas grandes, tractores grandes, sembradoras grandes, con un solo tipo hace todo.”

Testimonio de RB, obrero tractorista de siembra y maquinista de cosecha. Salto, Provincia de Buenos Aires, 19 de julio de 2011

“Y... a veces un mes, a veces un mes y medio. A veces son dos meses. [...] no te puedo decir exacto porque junio... por ahí a veces, como ser este año terminó en julio. A veces terminás antes. A veces terminás por ahí en abril. Ya terminás todo. No queda nada. A veces en mayo tampoco, a veces llegás al 1º de mayo y se termina.”

Testimonio de SO, obrero maquinista de cosecha. Ortiz Basualdo, Pergamino, 12 de agosto de 2009

“-Marzo, abril, es lo que se arranca;

-Hasta mayo;

-Hasta mayo, ponele, porque ya en mayo nosotros ya [terminamos]. Vos decís, pero así con las máquinas vos trabajás tres meses cuando mucho;

-Furor;

-Furor, y después, capaz que estás ocho meses parado;

-Y ahí nos miramos a nosotros y no sabemos qué hacer. Si no hay reparación, no sé qué haríamos.”

Testimonios de WT y PB, obreros maquinistas y tractoristas de cosecha. Maciel, Provincia de Santa Fe, 13 de marzo de 2009

En la temprana contraestación de las empresas contratistas chicas, la maquinaria se podía



reparar con mano de obra familiar y algún empleado permanente, sin requerir la demanda de asalariados para ninguna otra tarea anterior o posterior a su especialidad. Este es otro motivo por el cual entre estos pequeños contratistas la mano de obra familiar adquiriría mayores proporciones relativas frente a la asalariada, que se componía usualmente de peones poco especializados, y cuya ocupación agrícola se alternaba con actividades de la más diversa índole en el campo o en la ciudad.

“El tiempo de cosecha es relativo porque a veces yo estoy, y a veces he estado en otra cosa, estuve trabajando en fábrica. Hace como treinta años que yo ando en la cosecha. Voy y vengo, por ahí hago otra cosa, porque no tenés continuo esto. De [cosecha] fino podés tener un mes, estando bien un mes... un mes o un mes y medio. La soja tres meses, ponele. Después si vas a reparar la máquina, si no tenés que hacer otra cosa, después un año no vas, porque estás haciendo otra cosa.” T

estimonio de CM, obrero tractorista de cosecha (de Casilda, Santa Fe). Coronel Dorrego, Provincia de Buenos Aires, 11 de diciembre de 2011

“En la cosecha somos, por decirte, doce personas o catorce personas. Y en la siembra somos seis. Entonces hay gente que por ahí viene, hace la cosecha y [...] después se van a hacer otro trabajo, por cuenta de ellos. Y esos son muy cambiantes. Tengo un compañero que es remisero, maneja un remis. Él viene y hace la cosecha, nada más. [...] Hay otro que se va de puestero a un campo. De changa. O por ejemplo, muchos trabajan en Pergamino, qué sé yo, por ejemplo en una panadería, o en una fábrica, o una ferretería, viste, se meten ahí. Hay muchos que se quedan acá en el pueblo sin hacer nada, y no sé de qué viven, no sé. Por ahí hacen changuita de... qué sé yo... ir a cortarte un pasto, un parque, de ir a podarte una planta, de... changas.” Testimonio de MR, obrero tractorista de siembra, fumi-fertilizador, y maquinista de cosecha. Rancagua, Pergamino, Provincia de Buenos Aires, 18 de julio de 2011

Los testimonios de contratistas especializados de pequeña escala, muestran el reverso de este problema para los propios patrones. Por un lado, compiten por captar una fuerza de



trabajo relativamente escasa -dadas las condiciones históricas de trabajo impuestas por el régimen del contratismo- contra empresas de mayor envergadura o diversificación productiva que captan mejor a los obreros necesitados de un sustento regular. Y por otro lado –aunque por el mismo motivo- también disputan a los trabajadores con las changas que consiguen en la contra estación:

“Yo lo ocupo seis meses. Arranca en octubre. [...] Él trabaja en el campo con el padre. Trabaja ahí y después otros trabajos hace. Pero por eso se cambia mucho de gente. Como vos no le podés dar trabajo todo el año, entonces tienen ese problema. Pero justo como este muchacho ya hace años que hace otra cosa, justo... bueno. Igual le alcanza para vivir. [Y con mi hijo] compartimos. Falta [gente] por ese motivo. Porque no tiene trabajo permanente. No se puede tecnificar el empleado. No le conviene por cuatro meses en el año o cinco. En el caso mío mi empleado tiene mucho más trabajo que con otros contratistas, porque tiene para sembrar y para cosechar. Y está el contratista que nada más que cosecha y lo ocupa dos o tres meses en el año. De octubre a junio, julio. Le quedan dos meses ahí, enero, febrero queda libre.”

Testimonio de PD, contratista de siembra y cosecha, ex peón. Casilda, Provincia de Santa Fe, 1º de diciembre de 2010

Como se expresa en los testimonios, la existencia contemporánea del semiproletario – tradicionalmente conceptualizado como mitad proletario y mitad campesino por cuenta propia sin poder asegurar su sustento anual-, sigue cumpliendo su rol tradicional como reserva de mano de obra en condiciones en que ni el capital ni sus actividades independientes le aseguran ocupación ni ingresos a lo largo del año. Si en su forma clásica vinculada al medio rural el semi proletario no es en la zona pampeana una figura de tanto peso, la expresión urbana de este mismo fenómeno sí está difundida a escala social, y está representada por los miles de trabajadores que también por su propia cuenta montan talleres mecánicos, instalan comercios de diversa índole o realizan trabajos de albañilería o arreglos varios para obtener un sustento contraestacional.



“Vivís siempre seco. Entonces yo trato de cuando estoy al pedo, que yo sé que no trabajo todo el mes, entonces siempre aparece algo y lo agarro. Aparte no tengo problema de hacer cualquier cosa. Si tengo que trabajar de albañil, voy a trabajar de albañil. Cualquier cosa. Todas reparaciones, tengo que ir a hacer un montaje a un galpón, voy y lo hago, tengo que... para soldar... Hacer una reja, hacer cualquier cosa [...] ya me conocen, saben que este mes no laburás, y para hacer una changa... Hay veces que sí, y hay veces que no. Y si no... dormir hasta las 10.[...] cuando estaba casado yo, por ejemplo, yo en mi casa tenía un negocio. Mi mujer tenía un negocio, y yo la ayudaba atendiendo el negocio. Una despensa así... Y una librería.”

Testimonio de RB, Salto, op.cit. 2011

“Hice algo de herrería también, de metalúrgica. Tengo mi [taller]. Tengo un terrenito, de mi suegro era... chico, pero... Y lo sembré el domingo. Había un rastrojo de maíz y el domingo lo sembré. Seis hectáreas setecientos marcó la sembradora.”

Testimonio de TA, obrero tractorista de siembra y cosecha, Casilda, Provincia de Santa Fe, 1º de diciembre de 2010

En ambos casos, no se trata sólo de un mero cambio de actividad, sino de un *pasaje cíclico de una condición social a otra*: de la de obrero asalariado, a la de pequeño productor por cuenta propia (sea rural o urbano). Transitando permanentemente por los bordes y las zonas grises, podría tratarse sólo de un aspecto más de la inestabilidad a que obligó la nueva organización social del trabajo en la agricultura pampeana, a no ser por las consecuencias que este pasaje periódico crea en la subjetividad de los trabajadores. Esto particularmente en lo que atañe a su identificación social y personal con el pequeño patrón -como un trabajador por cuenta propia igual a ellos que logró desarrollarse-, así como la visualización de la relación salarial de explotación a la que se encontraban sometidos como una especie de asociación entre iguales con fines comunes, o a la prestación de “un servicio”. Si bien no se trató de un elemento siempre presente ni tan determinante en todos los operarios agrícolas que transitaban estas metamorfosis sociales varias veces al año, nada de esto contribuyó a la emergencia de conflictos obreros colectivos, ni a la conformación de una



conciencia clasista más acabada o más definida al interior de estas capas de trabajadores. Simplemente -ni más ni menos- porque no eran completamente proletarios. Aunque a la vez, la posibilidad de un reaseguro relativamente estable fuera de la condición asalariada, también pudo otorgarles sostenes materiales y fuerza moral como para resistir más firmemente la explotación y el dominio del patrón cuando éste rebasaba ciertos límites:

“No volví a trabajar, con contratista ninguno más. Me quedé solo con el taller. Y eso de independizarse también está bueno. El dueño soy yo. Más allá de tener responsabilidades igual, pero todo lo que tengo lo hice con el taller. [el patrón] está haciendo muchas hectáreas. Pero a su vez, por ahí a mí me perjudica en lo mío, en el taller. Porque yo acá ya tendría que estar haciendo en el taller. [...] ¿Cuándo te sirve eso que vos das el golpe fuerte [de dinero]? Cuando [la cosecha] es más corta.”

Testimonio de JG, obrero maquinista de cosecha. Rivadavia, Provincia de Buenos Aires, 1º de agosto de 2011

El caso de “JG” que acabamos de transcribir es el de un asalariado agrícola que amarra su sostén identitario en su personalidad social cuentapropista, desde la cual evalúa la conveniencia de su relación circunstancial con su patrón. A la vez, en este acto, marca una diferencia con sus compañeros plenamente proletarios: mientras ellos desearían un trabajo regular durante todo el año, a “JG” este sólo le resultará beneficioso sólo en la medida en que la cosecha no dure más de cierto tiempo, pasado el cual comenzará a perjudicar su actividad como dueño de un taller independiente en su pueblo. Ese sostén propio -objetivo y subjetivo- le permitió negarse a trabajar durante un período prolongado de su vida bajo la condición asalariada.

“El que llamo yo, hace la cosecha con otro contratista y la siembra conmigo. Y ahora en invierno corta leña y le vende a gente que tiene hogar. Estos vagos, viste. Y tiene un pedacito de campo que él alquila. Entonces tiene un pedacito de campo que si tuviera que vivir de eso no podría vivir. Serán 7 u 8 hectáreas. Lo alquila para hacer soja. Lo alquila porque son de varios hermanos. Y con eso y lo que hace no... no come. Bah, sí: comer



come, ¡pero sabés cómo cuida la plata! Si no, no hay manera de que pueda llegar.”

Testimonio de PD (contratista). Casilda, op.cit. 2011

El caso que acabamos de citar –el del peón temporario empleado por el contratista “PD”, en Casilda-, condensa una gama notable de personalidades sociales, inestabilidades y zonas grises: trabajando como obrero asalariado temporario para distintos patrones rurales en distintos momentos del año, es a la vez cortador y vendedor de leña por cuenta propia en la ciudad, mientras que la pequeña parcela de tierra que conserva en propiedad -manteniéndolo en la condición semiproletaria-, oficia como una fuente de renta. Si bien a lo largo del año y dado su rol predominante en la producción tiene un mayor peso su carácter asalariado, el peón de “PD” expresa la masa difusa de obreros que el régimen del contratismo y la agudización de la estacionalidad del trabajo contribuyeron a recrear en las zonas agrícolas, atrayéndolas y repeliéndolas periódicamente, integrando funcionalmente su precario cuentapropismo, y desdibujando objetiva y subjetivamente la sustancia proletaria del rol cumplido por ellos en la producción de las cosechas récord.

Ciclos ocupacionales, movilidad territorial y malestar obrero

La única forma de que los trabajadores consiguieran ocupación por más de unos pocos meses si eran empleados por una pequeña empresa contratista *de cosecha*, era viajando miles de kilómetros durante meses, fuera de sus hogares. En estos casos, el sustento se conseguía a un precio muy alto. No sólo por las duras y prolongadas horas de trabajo –los obreros que trabajaban cerca también las soportaban-, sino por las múltiples complicaciones familiares y personales que sufrían pasando tantos meses fuera de casa.

“Decí que ahora con los teléfonos llamás a cada rato, viste. Te comunicás, pero no es fácil. Tenés que organizar por ahí las cosas. Por ahí mi señora no tiene plata, tengo que llamar acá que me consigan, la mando que la venga a buscar. Cuando vos tenés los medios... decí que mi señora ahora maneja, antes no manejaba... peor todavía. Porque tenía que ir en remis, era todo un presupuesto”

Testimonio de TA. Casilda, op.cit. 2010

“Lo más duro es que estás lejos de la familia. Eso, viste. Te agarrás medio... te ponés medio melancólico en eso. Por ahí te vas y estás ahí, como decir, tirado en el campo, viste. Por ahí, a veces, te ponés a manejar, manejar y laburás, laburás, laburás y al final no... por ahí no disfrutás mucho, viste”.

Testimonio de RC, obrero tractorista de siembra, ex-peón tambero y ganadero. Ortiz Basualdo, Pergamino, Provincia de Buenos Aires, 26 de agosto de 2009

“Mirá la única salida que yo tengo, y que ahora ya no la estoy teniendo más y eso es lo que me está enfermando... yo tengo un pibe que juega al basquet. 14 años. Y la única salida mía es llevarlo los fines de semana a jugar. Y ahora, viste, con este tema de la cosecha, con el tema de la siembra, medio que se complica. Por ahí necesitás un poquito más de tiempo libre. La peor etapa la pasé. [...] Te extrañan, pero ya no es tanto como cuando eran más chicos, viste.”

Testimonio de LO, obrero maquinista de cosecha y tractorista de siembra. Casilda, Provincia de Santa Fe, 30 de noviembre de 2010

La desarticulación periódica del hogar a partir de la ausencia de su jefe, no sólo debilitaba los lazos familiares, sino que exponía a los trabajadores al transe angustiante de sufrir la amenaza –cuando no la concreción- de la disolución del grupo básico de parentesco. Este problema cobraba doble relevancia en tanto –como muestran los testimonios- el núcleo familiar ocupaba un lugar central en la subjetividad obrera en el marco de una vida social que había pasado a tener escasos puntos fijos o sólidos de pertenencia. Esto contribuye a comprender por qué y hasta qué punto los problemas conyugales, las inquietudes y los temores -muchas veces confirmados- de sufrir la infidelidad de sus compañeras mientras estaban cosechando, perturbaban a los trabajadores incesantemente en las temporadas afuera.

“[los hijos] creo que son míos! Tanto tiempo arriba de la máquina que no sabés con qué te



podés encontrar.”

Testimonio de OD, obrero maquinista de cosecha. Pergamino, Provincia de Buenos Aires,
26 de agosto de 2009

“Estuve siete años con esta [mujer]. Después cuando volví de la cosecha vi que había cuernos. Entonces me fui a la mierda. ¿Para qué vas a seguir con una mina que te caga? Mucha gente... a lo mejor muchos no se dan cuenta.”

Testimonio de CV, obrero maquinista de cosecha (residente en Casilda). Coronel Dorrego,
Provincia de Buenos Aires, 11 de diciembre de 2011

“No podés estar acá con... no podés. Acá necesitás estar tranquilo. Tenés un fierrierío en marcha que sabés que el mínimo descuido te reventó un dedo, te cortó un dedo, una cadena... pensando qué mierda estará haciendo la vieja [la mujer]: ‘¿me estará cagando?’, ‘a mi trabajo no ha llamado’, que esto que lo otro. Yo ni siquiera mensaje. No, un mensaje por día. A veces. O día por medio: ‘hola que tal, cómo andás, chau, besos’. Se terminó. Se llama si hay problemas únicamente, si no, no. Y yo digo, ‘cuando vuelvo a casa, una diferencia son mangos. Esto da para que yo la lleve de vacaciones, que esto que lo otro. Si ustedes me rompen las pelotas, no sirve’. La hago cortita, no tengo comunicación. Como están aquellos otros que hay uno que debe mandar cuatrocientos o quinientos mensajes por día. Preguntale si no tiene el récord de mensajes, es una cosa impresionante. Pero bueno. No fuman, no toman, está bien. Yo fumo, así que lo que yo gasto en puchos, ellos se lo patinarán en tarjeta de teléfono.”

Testimonio de JG. Rivadavia, op.cit. 2011

El humor, el resentimiento –con una o con todas las mujeres-, o los intentos por superar precariamente el aislamiento a través de los celulares, configuraban algunos entre varios mecanismos para sobreponerse mal a la fractura periódica de la vida familiar y conyugal. Así también era un supuesto tácito y nunca abiertamente admitido por muchos de ellos -así como un secreto a voces en sus pueblos-, la concurrencia de patronos y obreros por igual a cabarets rurales o de los poblados de campaña para calmar artificial y parcialmente las angustias de la soledad y la distancia:



“Escaparte... casi siempre. Esa es una de las primeras cosas que hacés. Pero después llega un momento y decís, no pará porque estoy gastando mucho.”

Testimonio de RF, obrero fumi-fertilizador, tractorista de siembra y cosecha. Ortiz Basualdo, Pergamino, Provincia de Buenos Aires, 12 de agosto de 2009

“Dormimos, y nos vamos de joda [...] en el pueblo. Dejamos la casilla acá, y ahí al lado tenemos la ruta, tenemos todo. Algún bar, por ahí, a pasar el rato. Cuando llueve, si no en la casilla. [...] Nos juntamos cuatro o cinco y salimos todos de joda.”

Testimonio de WR. Maciel, op.cit. 2009;

“Por ahí salíamos a pescar, o salíamos de noche por ahí a joder, a algún baile. ¿Quién no ha salido? Viste, por ahí nos íbamos a sesenta kilómetros a un baile. Nos íbamos si no había laburo, si no, no”.

Testimonio de AN. Obrero tractorista de siembra y maquinista de cosecha. Ortiz Basualdo, Pergamino, Provincia de Buenos Aires, 12 de agosto de 2009

Para los patrones, esto se tornaba un problema serio que afectaba la atención, el rendimiento y el humor de los grupos de hombres que mantenían a su cargo a cientos de kilómetros de casa⁷. Los contratistas también tenían sus propios problemas alrededor del

⁷ Un artículo del diario *La Nación* del 27 de junio de 2009 se quejaba de la distracción que generaba en los obreros la disposición de un celular para irse comunicando con sus familias o compañeras mientras realizaban el trabajo en la cabina de la cosechadora o el tractor en las largas horas diarias de labor: “Soy asesor de contratistas de maquinaria que son socios de la Cooperativa Agrícola de Saladillo. Por mi experiencia, todo desarrollo tecnológico tiene sus pros y sus contras. Y esto se ve hasta en los mínimos detalles. [...] Por el lado de la tecnología, el celular ha venido a ser una herramienta de utilidad. Y no obstante, esta tecnología tiene una contra grande cuando la analizamos desde el punto de vista del tiempo que se le dedica al celular y la desconcentración que genera en el trabajo, sobre todo de los jóvenes. He observado que se ha generado una psicosis del celular y no se presta atención a los trabajos por mandar los benditos mensajitos. En esto habrá que generar una conducta, ya que es hasta peligroso no atender las tareas que se realizan, porque se han generado muchos accidentes por su uso irracional. De igual modo, otro tema a considerar es el uso que les dan a los celulares las novias o esposas de los empleados. Me ha tocado estar en campamentos donde se amanece con un sol hermoso, pero donde a mitad de mañana los empleados reciben un llamado de la pareja con reclamos y retos que ponen de mal humor a la persona que está trabajando. Por eso, considero que hay que trabajar para que las mujeres entiendan que no siempre es posible estar en la casa. Por mi experiencia he llegado a la conclusión de que, además de la capacitación del empleado, que hoy debe saber desde mecánica hasta navegación satelital, hay que



mismo tema, pero lo procesaban con mayores libertades, llevando a sus esposas al campo, o volviendo al pueblo de visita mucho más seguido que los empleados⁸. Incluso, en medio de la campaña, los patrones también podían abandonar al equipo y acudir al pueblo más cercano en búsqueda de alimentos o repuestos, a contactar los clientes y negociar con ellos, a visitar otros campamentos de cosecha, o simplemente a encontrarse con colegas y amigos de cada temporada en alguna estación de servicio alejada. Es decir: mantener una vida social más allá del grupo de la “comparsa” de cosecha. Además, los patrones garantizaban un pasar económico a sus familias que les otorgaba -frente a sí mismos y frente a los suyos- una seguridad que los obreros no podían ofrecer a sus hogares ni compañeras, lo cual agravaba y daba motivos a sus temores e inseguridades.

Además del desarraigo respecto a sus hogares y ámbitos de sociabilidad, el ambiente de labor en la campaña era sólo trabajosamente amigable. Los pequeños grupos de cosecha eran en sí mismos un foco de conflictos y contradicciones atizados por el encierro a cielo abierto que experimentaban los hombres durante los largos días de la cosecha, canalizando el malhumor y la frustración de la distancia a través de pequeñas reyertas motivadas por el más leve matiz entre los miembros del equipo. Patrones y obreros son plenamente conscientes de este problema:

“Porque convivís todo el día con el tipo. Sabés si se caga, sabés si se mea, sabés esto, sabés el otro, sabés si es sucio, si no es sucio... Lo mismo de la parte mía, ven ellos si yo soy esto o lo otro.”

trabajar sobre conductas para usar tecnologías como el celular. Pero, además, considero importante el trabajo con la familia del empleado, para que su mujer se concientice sobre su estilo de vida.” Gustavo Marinacci. “Sobre la tecnología y la vida de campo.” *La Nación*. Suplemento Campo. 27 de junio de 2009

⁸ “Estar seis meses del año fuera de tu casa, por ahí... es como el transportista, llegaste a tu casa y decís ‘la pucha, ¿este era mi hijo?’. Te perdiste el cumpleaños de tu hijo, te perdiste la fiesta de egresado de fin de año, te perdiste las fiestas. Por ahí a veces hay familias que bueno, la mujer viene hasta acá. Me ha pasado que mi esposa ha venido un montón de veces, pero bueno, a veces después ya no se puede porque los chicos van creciendo, tienen sus amigos, no se quieren desprender, se pone incómoda la situación, es una situación compleja. Yo he vuelto tres veces, fácil, del norte. Y mis empleados volvieron una vez. [...] La vida del contratista es una vida muy especial. Es un trabajo que te tiene que gustar mucho para seguir haciéndolo. Ves poco a tu mujer y cuando la ves, la querés más todavía.” Testimonio de OV. Coronel Dorrego, op.cit. 2011.



Testimonio de JG. Rivadavia, op.cit. 2011

“Discusiones hemos tenido muchas veces. Qué se yo. Tratamos de no discutir. De llevarnos lo mejor posible porque si no, en un equipo que empezás las discusiones...”

Testimonio de OD. Pregamino, op.cit. 2009

“No tenés lugar a llevarte mal, porque no te podés llevar mal, con... porque si siempre estamos todos juntos.”

Testimonio de MR, Rancagua, op.cit. 2009

“Con la experiencia que fui tomando durante los años, [el tema] era cómo contener a la persona que uno trabaja cuando estábamos tanto tiempo así afuera.[...] Un sábado hacía un calor [y estaba húmedo para cosechar]. Les digo: ‘chicos vamos hasta Monte, vamos a pegar un baño, vamos a tomar una cerveza’. Entonces, vos al tipo lo sacás del encierro, lo sacás de estar todo el día confinado ahí en el lugar de trabajo, entonces el tipo se oxigena, entonces está mejor. Vuelve mejor, tiene otro ánimo [...]”.

Testimonio de OV (contratista). Coronel Dorrego, op.cit. 2011;

“-Hay casos malos. Hay casos que, sí, que terminaban mal las discusiones por otros motivos pero... gente que tiene un genio muy fuerte y... cuando vos estás acá trabajando en tu zona, llovió, y te metés a tu casa. Y a lo mejor nos vemos dentro de tres días. Cuando estamos afuera, que no nos venimos, somos cinco personas que estamos encerrados en una casilla que mide el total de la casilla ocho metros por dos sesenta de ancho;

-Y ahí compartís todo;

-Son muchas horas que estás ahí todos juntos. Si vos no te amoldás un poco, una persona de un carácter muy fuerte, muy difícil, no soporta, porque no aguanta porque... que se yo no sé, decir levantarte y decirle a él cualquier pelotudez, o el otro venir y decir cualquier pavada como para...;

-Como para reírte, como para... Yo los vuelvo locos. Yo vivo hablando boludeces todo el día. Ya lo calás, viste. Si lo toma mal se lo hacemos peor. Toda la joda. Por más problemas que tengas tenés que tratar de sobrellevarlo.”

Testimonios de MO (contratista de cosecha) y CH (obrero maquinista de cosecha).
Rancagua, Pergamino, 4 de agosto de 2009

Si bien para atenuar los problemas del desarraigo y la lejanía los obreros debían conseguir ocupación en empresas de mayor envergadura, cuyo equipamiento y clientela pudiera cubrir otras fases del proceso de producción sin tener que trascender las fronteras alrededor de la zona de residencia -o al menos no por tanto tiempo- algunos contratistas especializados sólo en la cosecha –e incluso de siembra- también podían demandar trabajo asalariado todo el año. Pero se trataba de empresas cuya escala y cantidad de superficie laborada requería de grandes dotaciones simultáneas de personal, y cuyo parque de maquinaria demandaba reparaciones y cuidados contraestacionales que retenían a gran parte del plantel de operarios en los galpones donde se guardaban los equipos. No menos de la mitad de los trabajadores de estas empresas eran permanentes y el resto se sumaba como complemento en el pico de tareas.

Aún en estos casos, el quehacer rural, las jornadas prolongadas y la residencia urbana de los obreros no dejaban de entrar en tensión. Desde luego, las distancias eran más cortas que las de los obreros que realizaban las campañas al norte o al sur. Pero eso no siempre significaba la posibilidad de retornar diariamente a su hogar, ya que en el marco de la competencia de los contratistas por los clientes, esto era considerado una pérdida de tiempo. Para siembra o cosecha, muchos patrones hacían quedar a los empleados de campamento en los lotes aunque no estuvieran a más de 15 o 30 kilómetros de sus residencias, con el objetivo de ganar horas de labor en la noche y en la madrugada. Así estarían toda la semana, hasta que llegara el día de franco para visitar a sus familias o recrearse en el pueblo. Sólo la persistencia de los obreros o la inconveniencia económica podían alterar este régimen:

“Laburás de sábados a sábados, por decirte. Nos trae el sábado a la noche y el domingo a la mañana nos lleva y ya después te quedás toda la semana en el campo. Olvidate del pueblo, hasta el otro sábado.”



Testimonio de PP, obrero tractorista y maquinista de cosecha. Colonia Seré, Carlos Tejedor, Provincia de Buenos Aires, 31 de julio de 2011

“Yo quedarme quince días, ni loco. Me venía, por ahí me venía, me escapaba. Sí... si tengo una mujer y un hijo, escuchame... estamos todos locos. Bueno, yo cuando arreglé, ‘sí, vamos, sí...’ pero no. No me quedaba. Cuando tenía la oportunidad de venirme me venía. Me escapaba. Los últimos siete u ocho años, no. No nos quedábamos casi nunca. Íbamos y veníamos. Iba en mi auto, íbamos en la camioneta, me daban la camioneta, andaba en la camioneta de ellos. Por eso no había problemas.”

Testimonio de MJ, obrero tractorista de siembra y cosecha. Pringles, Provincia de Buenos Aires, 10 de diciembre de 2011

“Antes siempre me quedé. Siempre. Nada más que ahora arreglamos, como está cerquita, porque le es más barato que me venga que darme de comer. Porque la comida está cara, y de gasoil gasto un litro. A quince kilómetros, le conviene que me venga y no dar de comer. Tenemos todo, tenemos luz, tenemos todo nosotros ahí. No es quincho. Una casilla. [...] Y cuando nos vamos por ahí, que agarra trabajo afuera, me voy con la casilla.”

Testimonio de PR, obrero tractorista de siembra. Coronel Pringles, Provincia de Buenos Aires, 10 de diciembre de 2011

De todas formas, este sistema de reclusión semanal o quincenal era mejor que el que sufrían quienes viajaban miles de kilómetros. A diferencia de los asalariados que viajaban al norte o al sur, ante una desmejora climática que no les permitiera trabajar, ellos sí podían regresar inmediatamente a sus casas. Y lo mismo sucedía si sus familiares los demandaban por alguna urgencia. Por cierto que el sólo saberse más cerca de los suyos descomprimía subjetivamente la situación, aliviando el encierro de quienes estaban en lugares completamente desconocidos, a miles de kilómetros, internados en los campos de trigo o soja sin una fecha precisa de regreso a casa y, frecuentemente, incomunicados por falta de teléfonos o señal del celular.

Las campañas de siembra solían adoptar este régimen de reclusión semanal en los campos a



pesar de ser realizadas por trabajadores cuyas residencias eran cercanas. Sólo muy infrecuentemente migraban de la zona central para esta labor como era usual en la cosecha. En el sur bonaerense los predios solían ser sembrados por peones locales, cuyo ciclo laboral se alternaba con reparaciones de maquinaria, siembra de pasturas forrajeras o atención de animales. A principios del siglo XXI, el tiempo de la recolección seguía allí tradicionalmente dominado por los equipos de contratistas que venían del norte de la provincia o desde Santa Fe a levantar el cereal, como era ya en los años '70.

Observaciones finales

La arquitectura fundamental de los ciclos de trabajo y la movilidad territorial que distinguió la ocupación agrícola quedó planteada ya en la década de 1970, ligada al régimen del contratismo. Sin embargo, ella no fue predominante hasta las décadas de 1990 y 2000. A partir de entonces el mismo esquema básico sufrió las modificaciones que se derivaron del desarrollo de las tendencias que le habían dado origen: la extensión del área sembrada en tierras hasta entonces inexploradas por la agricultura extensiva; la reducción de los tiempos de trabajo; la concentración entre productores y contratistas; y la difusión de nuevos adelantos técnicos como la siembra directa o el mayor uso de agroquímicos. Recién luego de esos años, el esquema de migraciones estacionales bajo diferentes modalidades pasó a ser el predominante en la agricultura extensiva, centrado en la fase de la cosecha.

La disminución vertical de los tiempos de trabajo por hectárea y de los puestos laborales, operó creando una masa de fuerza de trabajo excedente en las áreas tradicionalmente agrícolas de la pampa húmeda, que fue encontrando una nueva inserción la extensión de la frontera agrícola hacia el norte del país, o en terrenos de la zona pampeana que habían estado sustraídos de la agricultura hasta los años '90 y 2000. Quienes así no lo hicieron, se resignaron a percibir por su trabajo agrícola una masa de ingresos mucho menor como complemento de alguna otra actividad -por cuenta propia o dependiente-, o simplemente dejaron el campo. Algunos trabajadores, de hecho, apelaron al trabajo agrícola sólo como una ocupación secundaria o complementaria de otras, sobre todo -desde luego- en el caso de los que además de ella poseían actividad independiente.



El desarrollo de este esquema de trabajo obturó la confluencia de grupos numerosos de obreros rurales en un mismo tiempo y espacio, desarticulando posibles intereses o reivindicaciones inmediatas en común, y complejizando sus anclajes identitarios. A excepción de los peones empleados por medianas y grandes estancias, los obreros agrícolas con *ocupación fija* -que pudieran amarrar sus intereses, su oficio y su identidad colectiva alrededor de una misma actividad y condición social- fueron crecientemente *migrantes*, aislados periódicamente de sus pares por el itinerario errante de las cosechas. Por el contrario, los obreros más *sedentarios*, que mantenían su actividad en un escenario conocido y regular -favoreciendo en principio su congregación y capacidad organizativa a fuerza de constancia- tendían a conseguir ocupación agrícola más bien *temporaria*, desdibujando su identidad específicamente obrero rural dentro de un conjunto proletario más heterogéneo y difuso -e incluso superponiéndose con capas semiproletarias de cuentapropistas rurales o urbanos- lo que dificultaba su confluencia subjetiva alrededor de reivindicaciones comunes, y mucho menos en algún tipo de organización colectiva constante.

Un núcleo reducido de obreros logró mantener una ocupación a la vez agrícola y permanente, sin necesidad de migraciones demasiado lejanas ni prolongadas. Lo hicieron vinculándose a contratistas que brindaban servicios a empresas de grandes escalas, asegurando trabajo toda una temporada cerca de casa, y complementado sus tareas con otras fases de la producción o la reparación de los equipos en la contraestación. No obstante, esta ocupación -al igual que la de sus pares nómades- era siempre inestable, pudiendo interrumpirse cada año junto a la ruptura de relaciones entre el contratista que lo empleaba y la empresa a la que le prestaba servicios. Además, la relativa cercanía entre el lugar de trabajo y el hogar -que en este mismo proceso pasó a ser predominantemente urbano- no excluyó regímenes de labor bajo sistemas de reclusión durante semanas o quincenas en los campos, lejos de las familias u otros posibles grupos de pertenencia, lo cual aislaba a los escasos obreros agrícolas permanentes y sedentarios entre sí, y respecto de las otras fracciones de trabajadores. Este tipo de sistemas de trabajo no sólo eran la norma en la cosecha -siempre realizada a contra reloj por los productores- sino también y

típicamente en la siembra.

El aislamiento y la inestabilidad a los que se vieron sometidos los obreros agrícolas pampeanos en el último período no sólo revistió un problema complejo desde el punto de vista de las difíciles condiciones objetivas que dispusieron para el desarrollo de su acción colectiva, la construcción de una identidad de clase en común, y la ruptura de su invisibilidad social. Mucho más palpable e inmediatamente, los asalariados experimentaron estos problemas bajo la forma de un fuerte y repetido desarraigo respecto a sus vínculos afectivos más básicos representados por su familia o sus compañeras –en primera instancia– así como a otras dimensiones de su vida social que se vieron deterioradas y difícilmente sostenidas en el tiempo. El debilitamiento de los lazos sociales al que llevó este régimen de ocupación no dejó de manifestarse en rupturas de hogares o parejas, así como en la dificultad para planificar un proyecto de vida y mantener actividades colectivas fuera del ámbito laboral (e incluso, dentro de él), lo cual recreó y amplificó el aislamiento y la fragmentación impuesto por el sistema de trabajo agrícola hacia diversas dimensiones de la práctica social y la subjetividad de los asalariados de la agricultura contemporánea.